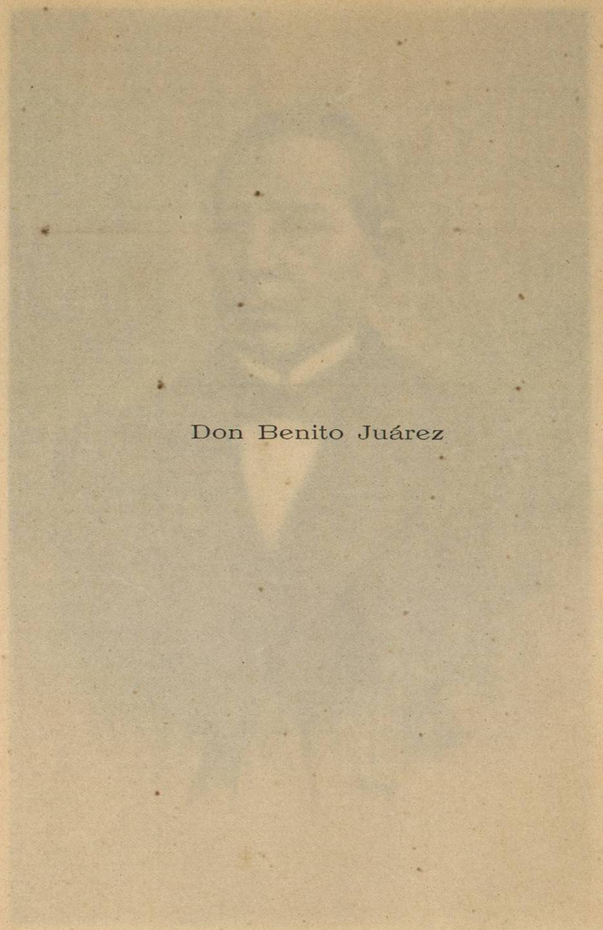

Don Benito Juárez

Don Benito Juárez

LA CUNA DE JUÁREZ

SU PRIMER maestro fué la Naturaleza; es el que todos los pedagogos ambicionan para los niños. La Naturaleza en que el mar se complica como un detalle perenne del paisaje y un elemento necesario de la vida, enseña á los hombres, junto con el valor y la audacia y el anhelo de hacer algo grande, ó con el abandono, la voluptuosidad y la pereza (porque todo esto suele venir de la instrucción obligatoria en la escuela del océano), un modo especial de soñar, de ENSOÑAR, de tejer y destejer ensueños sin cesar. Suelen las almas marinas existir en hombres eminentemente prácticos, pero ninguno de ellos está contento si no ve al través de la prosa de la vida, como en un telescopio, una imprecisa constelación en su cielo, una quimera, un ideal. Cuando la naturaleza es la montaña, encuentro que la gran educadora crea otro tipo psicológico. Los saltos, el esfuerzo constante, las carreras costeando abismos en que el hombre se atiene á sí mismo instintivamente, á la confianza en su aliento, en sus ojos, en sus pies, resultan una enseñanza admirable para el gobierno, y aunque los escapes hacia lontananzas infinitas en que se complica el cielo, siembren en el alma montañesa un grano de ideal, siempre es de un ideal realizable, tangible, que se puede alcanzar de una carrera en la vida, de dos ó tres grandes saltos en la existencia. Suelen conjugarse el montañés y el marino; resultan entonces los reyes del mar ó los reyes de las alturas. Ó águilas ó albatros.

℄ Juárez nació en el corazón de la montaña; la cumbre excelsa del Zempoaltepetl, de cuyo torso salen los dos brazos infinitos que encierran á la República entera, domina aquellas comarcas como un vigía, como un titánico ancestro de las razas. Juárez fué, como todos sus conterráneos, un pastorzuelo, un zagal casi

desnudo y sin poesía bucólica ni en la fisonomía, porque ni sus ojos ni sus labios reían con la perpetuamente renovada risa de los niños; ni en la vida, porque, muertos temprano sus padres, quedó el mísero zapotequilla entregado á la mano casi hostil de sus parientes, que lo explotaron, lo maltrataron, lo obligaron acaso á huir.

℄ No, no hay que buscar en esa vida indígena los pródromos de un hombre de genio; nunca lo fué Juárez. Fué un hombre de fe y voluntad. La naturaleza montañesa no lo hizo ni un soñador ni un poeta : EL GRAN PLEBEYO DE LA AZUL MONTAÑA, como, en un verso de esos que una vez se oyen y nunca se olvidan, dijo un poeta oajaqueño, no se perdía en indefinibles ensueños contemplando las crestas de las sierras lejanas, ni oía en su interior la música imprecisa de las cosas, á orillas de la laguna encantada de Guelatao, su pobre pueblecillo de los contornos de Ixtlán; ese Guelatao que tenía su templo en ruinas, sus casucas de paja y sus naranjos en oro ó en flor. No, sus anhelos eran otros; la vida muy prosaica, muy estrecha, muy dura, cruel, á veces, tenía para él escapes, como los vericuetos de la montaña, hacia un mundo que era un paraíso para el muchacho indígena, porque era otra cosa que lo que le rodeaba; ¿porque era la libertad? Quizás; quién sabe; él no podía darse cuenta de este sentimiento. Pero era la emancipación.

℄ Por allí, á la vera de su casa pasaban cuantos iban y venían de Oajaca, una ciudad encantada donde había una catedral, un obispo, conventos magníficos, grandes casas; todo esto debió traducírselo en su idioma el indizuelo y se formaba en él una aspiración. ¡Oh! cuán dignos de envidia los muchachos que habían ido del pueblo á servir á las CASAS GRANDES de Oajaca! Precisamente una hermana de Benito Pablo, después de la muerte de sus padres, había marchado á la capital, en donde las familias ricas estimaban mucho los servicios de las gentes de la Sierra, por laboriosas, por saludables, por fieles.

℄ Aquel niño serio, tranquilo, callado y reflexivo llegaba á los doce años, acantonado en su roca indígena, sin poder hablar la lengua de Castilla, es decir, encerrado en su idioma como en un calabozo, sin más medio de contacto con el mundo de lo intelectual que la doctrina cristiana explicada en zapoteca y que le revelaba todo el mundo moral, sin que se diera cuenta exacta de ello. Debajo de su impenetrable fisonomía tomaba líneas precisas una decisión : Irse á la vida, irse al mundo, irse al idioma que lo pusiera en medio de las ideas, en medio de una corriente que pensara; eso determinó y ejecutó un día de 1818 cuando tenía doce años. Fué su HÉGIRA. Por temor al castigo que le pudiera acarrear un descuido con sus ovejas, que habían hecho algún daño en una heredad, ó porque incitado por sus compañeros cometiese un pequeño hurto de ELOTES (esta versión la tengo de un alto personaje muy conocedor de la Sierra de Ixtlán y de las tradiciones relativas á Juárez), el caso es que desapareció súbitamente de Guelatao y reapareció en Oajaca al lado de su hermana sirviente de una casa acomodada.

℄ ¡Cosa singular! Aquel indito feo y ceñudo debía casarse años después con una de LAS NIÑAS de la casa que entonces abrigaba su desnudez, su hambre y su protesta muda contra la suerte. Y debió ser una encantadora muchacha, como fué luego una mujer encantadora, toda dulce simpatía y porte y dignidad señoril.

℄ La cuna de Juárez fué Oajaca, fué Antequera, como se decía en tiempo de la Nueva España; hacia ella se orientó su espíritu desde que se dió cuenta de la vida, y en ella nació, de su callada alma zapoteca, su espíritu, que creció con las circunstancias y se cernió sobre ellas.

℄ Oajaca era una ciudad que vivía á la sombra del monasterio; allí todos eran frailes ó querían serlo, lo mismo los célibes que los casados; el alma de Oajaca vivía en éxtasis ante el altar de María. Era razón. Aquella intrincada comarca, cuyas selvas sin término, cuyos laberintos orográficos, cuyos ásperos montes no se cansan de subir y bajar, de trepar unos sobre otros, sino para formar cañadas y abrirse en larguísimos pasos estrechos por donde corren atropelladamente los torrentes convertidos en ríos al vencer los declives que caen hacia las costas de los dos mares; aquel país, sin los grandes valles y las amplias LLANADAS de la Mesa Central, parecía esconder todas las riquezas, ser apto en sus varios climas para todos los productos y tramar en el corazón de sus montañas, resurrección de los Andes, una vasta red de oro, el metal que nos atrajo la conquista española, tanto como la fe cristiana y ese espíritu de aventura castellano condenado por Cervantes en el QUIJOTE y al cual debió España el imperio de un mundo, casi el imperio del mundo.

℄ Los pueblos que allí vivían, allí nacidos unos (los autóctonos, los que no tenían recuerdo de haber venido de fuera, ni tradición ni leyenda ni mito que lo indicara) y llegados los otros del Norte ó del Sur, inmigraciones que se repitieron hasta en vísperas de la conquista (los mejicanos salidos del Anáhuac y los chiapanecas de Guatemala); los pueblos que allí vivían, decimos, no habían casi nunca cesado de combatir; la lucha los había educado, y su espíritu guerrero, escondido en un largo paso subterráneo bajo el suelo dominado por los frailes de Santo Domingo, resurgió intacto en su viril bravura en los días de la Independencia y á compás de nuestras guerras civiles.

℄ Los mixtecas, los zapotecas, los indómitos mijes (entre cuyos recuerdos, siglos después recogidos por el fraile Burgoa, estaba el del incendio del Zempoaltepetl, provocado sistemáticamente por implacables enemigos y que hizo arder la excelsa montaña como una inmensa pira sobre cuya cima habría quedado incinerada una raza, sin un esfuerzo heroico de audacia y valor), los chontales que se batieron casi siempre ó entre sí ó con los toltecas en el primer crepúsculo de la historia, ó ya en vísperas de la conquista con los MESHICAS de Ilhuicamina, de Ashayacatl, de Ahuízotl que sostenían con sus columnas de guerreros á los enjambres de comerciantes aztecas que visitaban las regiones del GUATEMALLAN, é iban y venían, con el botín de su industria, de su avidez y su osadía, desde los países ístmicos hasta el valle en que Ahuízotl había organizado definitivamente una colonia militar Á LA SOMBRA DE LOS HUAJES : Oajaca.

℄ ¡Qué leyendas, qué fábulas, qué ciclos de cantares y rapsodias semejantes á las homéridas, han quedado apagados en aquellas serranías épicas, siempre en pie y bullentes de coraje y de pasión, y luego dormidas con un dormir secular al pie de la Cruz! ¡Todo perdido, parte por la ignorancia de la verdadera escritura y parte por el fanatismo iconoclasta de los frailes! Con lo que ellos destruyeron y que-